

La necesidad de independencia y la crisis de los tres años

Alrededor de los tres años niñas y niños, normalmente tranquilos se vuelven más difíciles de controlar, no obedecen y se muestran tercos. Es algo natural e inevitable, ya que a esa edad quieren más autonomía.

Es así como surge la llamada *crisis de los tres años*, período durante el cual los adultos encuentran grandes dificultades para relacionarse con los pequeños, ya que se enfrentan con su obstinación, con su negativismo.

Quieren hacer todo “yo solo/a” y empiezan a preguntar “porqué” de todo aquello que no entienden. Hay que entender que a esta edad comienzan a tomar conciencia de sí como un ser independiente con la palabra “no”. Su “Yo” necesita reafirmarse y eso hace que a veces desafíe con sus acciones. Es una crisis de oposición. Y cuanto más precoz sea el niño, cuanto más inteligente, más padecerá esa crisis.

El hecho de poder distinguirse entre las demás personas y el reconocimiento de sus propias posibilidades implica, a su vez, que se manifieste una nueva relación de los peques con los adultos: empiezan a compararse con los adultos y a querer ser igual que ellos, realizando las mismas acciones que estos realizan, valiéndose de la misma independencia que los adultos ponen de manifiesto.

Esta etapa se caracteriza porque los niños no solo protestan contra el exceso de tutelaje, sino que intencionalmente hacen cosas prohibidas, demostrando así su independencia.

La crisis de los tres años, al igual que las demás, es una manifestación de la contradicción que se produce entre las crecientes posibilidades de los niños y las formas de actividad y comunicación que los adultos les proporcionan. Es característico que la obstinación y el negativismo, durante la crisis, estén dirigidas contra el adulto que los sobreprotege.

En este período resulta muy importante la forma en que el adulto se relacione con los infantes, ya que los intentos de tratarlos «como antes» implican la agudización de las manifestaciones de la crisis y pueden determinar la fijación de rasgos negativos de la conducta, como el negativismo, la obstinación, las rabietas. También pueden mantenerse a lo largo de toda la primera infancia.

Por ello, el adulto debe concederles, con frecuencia, el máximo posible de independencia. Con ello se disminuyen las manifestaciones de crisis, aunque no queden eliminadas por completo.

Concluyendo: la crisis de los tres años es un fenómeno pasajero, ayuda al surgimiento de la autoconciencia (la capacidad de distinguirse a sí mismo del resto de las demás personas).

La necesidad de independencia y la crisis de los tres años

Es por esto que son positivas, pero hay que saber actuar de manera correcta. Hay que mantener la serenidad cuando se empeñan en aquello que desean. Las madres y los padres deben mantener sus normas y no ceder, pero con cariño y cierto sentido del humor.

No hay que olvidar que en estas crisis necesitan que les enseñen el camino, que se mantengan las rutinas y se delimiten los comportamientos inadecuados, aunque también que se les felicite por lo que van consiguiendo.

Muchos ánimos!

Referencias:

WAECE. LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD Y EL DESARROLLO SOCIOMORAL EN LA INFANCIA

WAECE. EL NIÑO Y LA NIÑA DE 3 A 4 AÑOS

FUNDACIÓN BELÉN. El niño de carácter difícil. André Berge. Ed. Morata. Madrid 1972.